

V

Los últimos acordes de su vals favorito se desvanecieron, confundidos con el gorjeo de los canarios del corredor, cuando Lupe abandonó el taburete de un salto, medrosica, empurpurados súbitamente los lóbulos de las orejas pequeñas. Había escuchado rumor de voces en el jardín, de pasos que avanzaban; y acercándose á la puerta, vió, al apartar los blancos visillos, la venerable figura de papá, seguida del capitán Toro y Mauricio Villaescusa, que se acercaba por una de las callejas.

Hubo de dárla el corazón un vuelco, y tan intensa fué la sensación de alegría que experimentase, que se apoyó en el muro. ¡Iban á pedirla en matrimonio!

Sonaron tres golpecitos en los cristales. Abrió. Tendió confusa la mano á los visitantes, que en tan memorable ocasión venían serios como jueces, y en seguida, luego de pedir permiso, se retiró presurosa.

¿Qué hacer? ¿Adónde ir? Un suave matiz carmíneo avivaba el color de sus mejillas; sus ojos aparecían más negros, más ardientes, rodeados del halo de sombra que en torno á ellos imprimieran las vigiliás y desazones amorosas; en su cuerpo de morena vibraba la inquietud, inquietud terrible, en la que se fundían un sentimiento de júbilo, de alegría vaporosa de niña que ha obtenido el juguete predilecto, y otro de angustia, de una angustia que ella era incapaz de explicarse. Sentía deseos de reír y de llorar. Toda la historia de su amor surgía espléndida en su mente. El día en que conociera á Gustavo Arenas; la seducción que la hicieron sentir sus galones y sus bigotes retorcidos á la kaiser. Después, la decla-

ración, ahí, en la ventana en que le esperase, como si ambos se hubiesen puesto de acuerdo; los días y las noches en que aquella embriaguez de amor la poseyera, vistiendo de oro y de rosa su simple existencia transcurrida en el hogar mustio, en el que aun pesaba, años después, el luto de la madre muerta; sus momentos de regocijo, sus horas de decaimiento y de tristeza, y por último, las semanas de amargura en las cuales ella se debatió en plena incertidumbre, pues sabedora de que el regimiento á que Gustavo pertenecía iba á ser trasladado á otra plaza, temió perder al novio.

¡Y no le perdería, no! Cumplió él su palabra. Pedía ahora su mano. Papá, aunque sorprendido, no habría de negarse. Así, pues, el teniente sería su esposo. Un horizonte nuevo de vida ofrecíase tentador á sus ojos. A modo de cinta cinematográfica, esbozábanse en su imaginación cielos lejanos, panoramas de ciudades desconocidas, paisajes no entrevistados, tipos y costumbres raros... Y su espíritu de romántica, de aventurera que desde los tiernos años de la adolescencia pugnase por trasponer los umbrales de la casa paterna, corría desalado, indómito, por tan novísimas perspectivas. Maquinalmente habíase detenido ante el tocador, en la pieza contigua á la sala. Hasta ella llegaba el grave rumor de la conversación trabada ahí cerca, tras de los maderos. Su faz reflejábbase nimbada por la luz de la tarde en el espejo.

Estaba en la habitación de papá. Y de pronto, en un súbito retorno al ambiente que la rodease, miró todas aquellas pequeñas cosas que parecían hablarla del viejo: el retrato de mamá, encima de la cama; los libros esparcidos sobre las mesas; las zapatillas rojas, abandonadas sobre el tapete... Invadiala, lentamente, una onda de tristeza. Pensó en papá; pensó en Jacobina; pensó en Nela, la hermanita infortunada. Iba á dejarles á todos por seguir al otro. Inclino la frente, pensativa... ¡Oh fatalidad de los destinos humanos! ¿Por qué la dicha jamás ha de venir sola, y la mueca del dolor ha de acompañar siempre á la sonrisa de la vida?

Un pensamiento la asaltó entonces. La carucha de

santo de Juanito se contraía con un gesto de pena. Juanito la amaba, sí; ella lo sabía bien. Apenas si en aquella tarde de fiesta en Xochimilco se lo había revelado sin atreverse del todo. Pero á partir de ahí, aunque nada volvió á decirle, sus miradas, sus penas, sus decaimientos le denunciaban. Y sí bien es cierto que ella casi no paró mientes en el secreto martirio del mozo, ahora, próxima á entregarse al que adoraba, al elegido, compadecía á Juanito, tan pobre de espíritu como desmeдрado de cuerpo.

Un estremecimiento la sacudió al escuchar el ruido de la puerta de la alcoba, que se abría.

—¡Ah, Nela! ¿eres tú?

—Dime, ¿está alguien en la sala? Me parece haber oído á papá que entraba. Y como no seguiste tocando...

—Sí, Nela—respondió, cogiendo llena de ternura las manecitas de la ciega—. Sí; hay gente...

—¿Quién?—interrogó, mirándola con sus ojos inmóviles, sin expresión.

—Mauricio y el capitán.

Luego, vacilante, agregó:

—¿Sabes? Vienen á pedirme.

—¿A pedirte? ¿Ya? ¿Tan pronto?...

No contestó Lupe. Vislumbraba en las palabras de su hermana una queja; la queja de Nela al quedarse sola.

—¿Te vas?—repitió ésta, dejando caer los brazos con desaliento.

En aquel instante resonó en la sala la voz de don Alejo, que la llamaba. Y Lupe, antes de salir, abrazó la cabecita rubia. Lloraban los dos.

—No, Nela; no te dejaré... Será por poco tiempo... Dos meses, un año... Pero luego volveremos á juntarnos. El vendrá conmigo, y seremos más entonces...

—¡Oh! quién sabe...

Se desasíó de los débiles brazos; limpióse los ojos con el pañuelo antes de entrar á la habitación cercana, y tras de un «ahora vuelvo», balbuceado tímidamente, desapareció.

Ante la seriedad inverosímil de don Aquiles, muró

el sí de rúbrica. Amaba á Gustavo Arenas, y era de su voluntad casarse con él. ¡Oh, el trabajo que hubo de costarla hacer tal declaración en presencia de papá, que la miraba mitad risueño, mitad triste! Singular impaciencia poseía al teniente en el arreglo de los trámites. Presto habría de marchar su cuerpo á Sonora—¡oh, muy lejos!—, y anhelaba que las bodas se verificasen en seguida. No obstante, don Alejo Méndez fijó un plazo de dos meses. Cumplidos éstos, en Mayo, el oficial volvería con licencia, á fin de llevarse á su hija, luego de ser consagrada la unión.

Retiráronse ceremoniosamente, al cabo de un rato, el capitán y Mauricio. Padre é hija les acompañaron hasta el jardín. Metiéronse luego en casa. Hallaron á Nela en el mismo sitio donde momentos antes la dejase Lupe. Y ninguno de los tres habló, temerosos de que la angustia de la despedida próxima les traicionara.

Hacia las seis, una sonrisa iluminó el rostro acongojado de la novia. Desde la ventana enviaba la señal del triunfo á su prometido: dos rosas tempranas que se deshojaron al caer por entre las rejas, sobre las puntiagudas guijas de la acera. Gustavo Arenas, apostado en la esquina, la saludó militarmente.

En la farmacia, entretanto, Jacobina y Juanito esperaban con ansia la llegada de don Alejo. Cuando éste apareció en el marco de la puerta, una mirada hubo de bastarles para comprenderse.

Jacobina, dijo:

—¡Vaya, era tiempo ya! Se casa...

El mancebo guardó profundo silencio, el cual no hubo de pasar inadvertido para su amo. Escudriñábase éste con el rabillo del ojo, considerándole largamente. El mozo iba y venía, mudo, acomodando los frascos en la vitrina: en la palidez de su faz adivinábase la pena. Mas de pronto, sin que nadie se diese cuenta, Juanito desapareció en la trasbotica, de donde no saliera ni aun bien entrada la noche. Horas más tarde, cuando en la calle los globos eléctricos desparramaban su luz blanca y en el mercado cesó el barullo, el farmacéutico, que permaneciera en la puerta fingiendo distraerse, entró de

nuevo; cruzó el entarimado recinto bajo la mirada inquisidora de la primogénita, y su silueta fundióse en la obscuridad del interior.

Encontróle, no bien hubo de encender una cerilla, en un rincón, sentado sobre cajas vacías de drogas, el rostro hundido entre las manos, en una actitud hosca de fiera herida.

Se miraron cara á cara. Sin hablar, el viejo le tendió sus manos con un gesto de tristeza. Estrechólas el joven fuertemente. Iba don Alejo á decir algo, pero aquél le impuso silencio, murmurando:

—No, no hay que disculparse, maestro. ¿Usted lo sabía ya, no es cierto? Yo á nadie lo he dicho. Comprendo que esto no era posible. Por eso esperé, y he callado... Llegó el día... Y ahora...

—¿Te vas?—interrogó don Alejo, lleno de azoro.

Juanito Alvarez apretó con mayor efusión sus manos.

—Sí. No puedo quedarme. Nadie mejor que usted lo entendiende. Vuelvo al pueblo, con mis tíos. No quisiera afligir á las muchachas, sobre todo á Nela, contándole ahora. Así, pues, ¿me promete usted guardar el secreto?

—¡Pero, hombre, Juanito, qué caray!...—exclamó el farmacéutico acongojado.

—¿Me lo promete usted?

Y los ojos suplicantes del discípulo se clavaron en él.

—Sí; te lo prometo...

* * *

Por boca de la ciega supo Nita lo ocurrido, al anocheecer, cuando volvía de la parroquia. La ignorancia misma de Nela, que no columbrara el desenlace que aquella vulgar historia tendría, la estremeció. Ahí estaba la novela inocente de la pobre; los capítulos de azul forjados al correr monótono de los días. Y ahora iban á desgarrarse. Al ensueño, á las visiones angélicas, seguiría el epílogo seco, doloroso, que siempre la realidad se encarga de trazar. Hinchida de compasión, abrazó á la niña en el jardín, bajo los arcos del corredor que ya comenzaba á festonear de esmeralda la hiedra.

—¿Qué? ¿No te parece bien el matrimonio de Lupe?—preguntó la pequeña, reparando en su actitud.

—¡Cómo no, Nela!... Sólo que... no te apures. Ella se irá con su marido; pero tú, en cambio, te quedas con papá, que es muy bueno; con Jacobina, con...

—Con Juanito. ¡Pobre Juanito! Yo no me explico por qué; pero mira, se me figura que no fía de gustarle el casorio...

Despidióse la musa poco después, á punto que sonaban las siete. Con lentitud subió la escalera, entenebrecida ya por la noche. Arriba, en el corredor sin luz, canturreaban los grillos. Sus pasos, al resonar huecos en las habitaciones, trajéronle á la memoria el vacío de las criptas. Creíase tranquila, y no obstante, sin saber por qué, las lágrimas la humedecieron los párpados. «¡Que soy tonta—pensó—comparando mi historia con la de esa chiquilla!»

Encendió las lámparas; se encaminó á la cocina; avivó la lumbre en el fogón. En seguida fué á peinarse al tocador. Desde la memorable ocasión en que conoció á la rival, había tomado por costumbre embellecerse cuanto la fuera posible. Cambiaba de peinados con frecuencia; renovaba los ya deslucidos vestidillos, añadiéndoles encajes y listones. En sus adentros, consideraba no tener otro recurso para encadenar al amante: serle grata, aparecer bonita á sus ojos, seducirle, gustarle. Nunca más vió Mauricio una queja en sus pupilas ni un reproche. La musa revoloteaba como mariposa en torno á él, riente, subyugadora. Las lágrimas y las cuantas dejábalas para sus instantes de soledad. Ahora había hecho creyente. Iba á la iglesia á diario, y una vez, acordándose de papá, del músico olvidado allá en Dolores, fué al panteón, poseída de un supersticioso temor de desdichas futuras, á depositar rosas sobre el sepulcro.

Mauricio, contra lo que ella esperaba, no había adoptado su vieja actitud de hosquedad y de silencio. Era, por el contrario, amable y complaciente; la besaba, refa, dábala más dinero que antes... Sólo que ella adivinaba, con su despierta malicia, que tal comportamiento

más obedecía á compasión que á profundo amor, máxime cuando le veía trasnochar con frecuencia, y embeberse en largas meditaciones, de las que saliera de ordinario contándola algo referente al director de *El Siglo* y su familia. Parecía como que hubiese tomado empeño en familiarizarla con estos nombres y con estas gentes. Y la eterna duda embrollábase, se transformaba en enigma, obsesionándola.

Abrió la ventana. De codos en el antepecho, comido por el moho, dejó errar vagosamente la mirada. En el silencio de la noche de primavera, extendiase el campo. Gasas de luz blanca se prendían de los árboles reverdecidos. Aquí y ahí lucecillas inmóviles señalaban las chozas, las quintas aisladas en la llanura; muy lejos, en el horizonte, fulguraba un vaho de claridad blanqueza. Y pensó en México, en la ciudad que abría sus fauces de ogro para arrebatarse á su amante, á ella, inerme, incapaz de la defensa, vencida de antemano en la lucha. Su niñez, ¡oh! su niñez triste, solitaria, ¿constituía acaso un noble recuerdo que dulcificara el dolor presente? La vida no la había brindado más que un placer, el placer breve, intangible, de unos meses, de unos años de amor. Y eso, ¡á costa de cuántas angustias! Suave racha de viento refrescó su frente. Y en la súbita melancolía que la sobrecogiera, se insinuó una idea. Mauricio se casaría quizás con la hija de don Luis Zayas. Era ambicioso, tenía sed de bienestar y de honores, y todo arrostraría lo por saciarla. Pero ello no constituía un obstáculo para prolongar el idilio. Podría seguir siendo lo que hasta hoy era: la querida, la esposa anónima. Y no sintió rubor, ni reparo alguno, ante resolución semejante. En ella dominaba la pasión sobre cualquier otro sentimiento. Que Mauricio la amase á pesar de la otra, con un amor íntimo, secreto, sincero... Lo demás, ¡qué importaba!

Tranquilizada un tanto, se disponía á cerrar la ventana, cuando llegó á sus oídos rumor de pasos.

—¡Victoria, Nita, victoria!—gritó Villaescusa al entrar en el cuarto, tembloroso de emoción, sofocado por la carrera, enarbolando un periódico en la diestra.

La muchacha le interrogó con un gesto.

—Se publicaron los dos primeros capítulos de mi obra, y han hecho un ruido de mil demonios.

—¿De tu obra?

—¡Oh! Tienes razón. Del libro de don Luis, que yo escribí. Han llovido las cartas laudatorias y los parabienes de los amigos. ¡Hasta los más feroces enemigos del director se han quedado estupefactos!

Radiante, midiendo la alcoba á largos pasos, contó lo sucedido. El hombre estaba que no cabía en sí de gozo. Hábiale dado un apretadísimo abrazo, y prometido otorgarle una gran participación en *El Siglo*.

El porvenir le sonreía. En adelante, bastaría seguir sin apartarse el camino abierto para llegar á la plena conquista ambicionada.

Tan intenso era su júbilo, que no se apercibió de que la musa, con la faz vuelta hacia el cielo estrellado, parecía no escucharle.

—¡Cómo! ¿No te alegras? ¿No me besas por el triunfo?

Nita le abrazó en silencio. Con la frente inclinada sobre el hombro del amante, iba á llorar; pero se rehizo.

—Sí, sí, Mauricio; sería ingrata si no me alegrase... ¡Eres tan niño, tan niño!...—añadió mirándole.

A la luz del quinqué de petróleo, cenaron en el comedor. Villaescusa permanecía en casa aquella noche, á fin de saborear su regocijo. Mostrábase decididor, charlatán; mas sin arriesgar grandes proyectos para el futuro, como si éste debiera quedar oculto á los ojos de ella.

De sobremesa, Nita le dijo suspirando:

—Me gustaría más un éxito tuyo, exclusivamente tuyo, ganado con tus libros, con tu nombre...

—¡Ajá; espera, espera! Lo importante, por ahora, son los garbanzos. Me he convencido de que el triunfo literario no debe intentarse hasta no tener asegurado el del estómago.

Habíase vulgarizado horriblemente. La moza le consideraba con asombro, sorprendida de que el hombre que tal afirmaba fuese el mismo que ella conociera años antes. Mauricio balanceábase en la silla, lanzando bocanadas de humo en silencio, como si en aquel instante corriese por mundos desconocidos. Y Nita tuvo miedo;

un sudor frío empapó su frente. ¿Esa victoria rastrera, fútil, sería la señal del abandono?

Abrigando infantil temor, se puso en pie; llegóse por detrás del asiento adonde él se hallaba, y envolviéndole en una caricia de sus brazos, comenzó á arrullarle con sus halagos, con sus palabras, arrojando sobre la nuca rubia el hálito inflamado de su boca; mordisqueándole en las orejas; besándole en plenos labios hasta beber su aliento; pobre cortesana inconsciente, que sólo pedía ternura á cambio de amor.

—¡Te quiero tanto, tanto, tanto!... Eres mi señor, mi rey...

Acabó por sentarse en sus rodillas, en actitud de completo abandono. Y Villaescusa, que experimentase el cosquilleo de sensualidad en él tan frecuente, mudo, tembloroso de deseo, la llevó en brazos hasta la alcoba, iluminada por el claror azul de la lámpara que pendía inmóvil del techo...

Fué aquella la última noche de completo amor, en que ambos se entregaron el uno al otro: ella, luchando por retenerle; él bebiendo á su pesar en aquella fuente de pasión, que le atraía como al beduino del desierto el oasis. Villaescusa levantóse malhumorado, rencoroso. Reconocióse débil, flaco de voluntad, y esta misma flaqueza le irritaba.

Nita entró entonces de lleno en el templo, en una embriaguez de misticismo amoroso, agarrándose á la fe para detener al amante. Vefasela por la mañana, á la hora de la misa, y al atardecer, poco antes del crepúsculo, en la vieja parroquia que dormitaba su sueño de siglos tras de agrietado paredón. En la capilla de junto á la nave, fresca, oliendo á flores y á pintura nueva, la musa se arrodillaba ante el altar, hundida en profunda meditación, sollozando quedamente, hasta que el sacristán llegábase á ella, y tocándola en el hombro, la despedía. Después, en el atrio herboso, enlosado á trechos, que ostentaba entre la maleza antiguas lápidas, permanecía aún inmóvil, absorta, mirando el sol, próximo al tramonto. Sentíase sola en casa. Lamentábase de haber despedido á Moni. ¿Por qué la había echado? ¿Por

qué? Si al menos estuviese con ella... Y decidió ir á verla, á pedirla por caridad que volviese. Pero una tarde, cuando emprendía el camino de la huerta, en la esquina de la solitaria calle, una vieja conocida suya, que sacaba agua de la fuente, al enterarse del lugar adonde se encaminase, la dijo que Moni había contraído matrimonio ya, á su manera, con el gañán de su novio, y que con él vivía lanzando pestes de su antigua ama.

¡Todo era, pues, inútil! Y Nita volvió á la soledad y al silencio.

Tan fuera de sí estaba, que apenas si se dió cuenta de los preparativos de boda en la morada de los Méndez; preparativos bien tristes, por cierto, ya que encerraban el desmembramiento de aquella familia.

Un jueves, al tornar de la iglesia, encontróse con don Alejo. Iba tan cabizbajo, que se tropezó con ella dándole excusas.

—Se va...—dijo mirándola luego de haber charlado de cosas indiferentes.

Y añadió:

—Sí; mañana. A su pueblo, con sus tíos. ¿No ha ido á despedirse?

—No. Y lo siento. Porque Juanito siempre nos fué simpático.

—¡Qué quiere usted! Rarezas del muchacho. ¡Y todo esto cuando la competencia se me viene encima! ¡Oh, una abominación, una verdadera abominación!

Y se marchó, abstraído en su idea fija.

Nita, al entrar en el jardín de casa, vió á Nela llorando, de pie, apoyada sobre una de las columnas del corredor. Dentro, en la mansión de ordinario silenciosa, advertíase singular trafagueo: el ir y venir de Lupe y de la criada; la silueta de Juanito ante el baúl abierto, en el que acomodaba la ropa y los libros de su propiedad; todo ese trajín, en suma, que precede á los largos viajes... Y en las lágrimas de la ciega adivinó Nita el epílogo de aquel idilio sin palabras que se desarrollase entre Nela y el mancebo. Nada se habían dicho: ni con una frase, porque él no la amaba; ni con un expresivo gesto, porque ella no veía.

No tuvo ánimo para interrogarla. Atarazada por la pena, subió á esconder su melancolía en un rincón de la vivienda solitaria, en cuyo corredor los canarios modulaban el último trino de la tarde.

*
* *

Al miércoles siguiente, encaminóse Mauricio Villaescusa á casa de los Zayas. Iba á dar la última plumada del libro del director. Era poco después del mediodía cuando atravesó el jardín, bajo los rayos de un sol abrasador de fines de Marzo.

Penetró en el estudio deslumbrante de la claridad que se filtraba por los visillos blancos. Sentóse ante la mesa; cogió la pluma, y disponíase á dar comienzo á la tarea, cuando un pensamiento, el pensamiento que le hostigara en los pasados meses, le asaltó. Aquella tarde sería la última que pasaba en el cuartito adorado. Ya no tornaría más ahí. Y la novela que forjó, los proyectos de bienestar futuro, su ensueño amoroso que como pesadilla se apoderaba de él en todo instante, ¿convertiríanse en humo? ¡Oh, no! Imposible resignarse á ello. Era menester triunfar; imponerse al destino adverso; hacer suya á la que le poseía en cuerpo y ánima. María Luisa habíale conquistado por completo, y aun ella parecía también reconquistada, pues si bien es verdad que no se mostraba ahora tan llana, tan fácil, no lo era menos que ponía grande empeño en agradarle. Abrigaba la certeza de que á la primera palabra la dominaría, la arrancaría aquel sí deseado. La lucha, los obstáculos que más tarde se interpusieran para la realización de su anhelo, ¡qué importaban! Mas un invencible temor, el miedo del fracaso, obligábale á callar, á ser reservado y no confiarse mucho.

¡Y aquella tarde era la última! No pisaría en adelante con igual frecuencia la casa de su dueña. Quizás alejada de él, no viéndole á menudo, María Luisa le olvidara... Angustiado por la duda y alimentando ya un voluntarioso deseo de domeñarla, de terminar aquel día la historia de sus amores, púsose á trabajar con desga-

no. ¡Ah, si ella viniese ahora al estudio, como algunas veces lo hacía!...

Cesó en sus cavilaciones al escuchar ruido de pasos en el corredor.

Chirrió la puerta, y á tiempo que se volvía para mirar, asomó la faz bonachona y sonriente de don Luis, con sus solemnes patillas grises.

—¡Hola, amigo Mauricio! ¿Tan temprano á la tarea? ¡Así me gusta!

Le saludó efusivamente. De pie, junto á la mesa, tamborileando sobre la carpeta con sus gruesos dedos velludos, conversó un instante. Quería que el libro fuera terminado aquella tarde sin falta. Ya rabiaba por poner fin á la labor inacabable. ¡Animo, pues! Reservaba á su redactor una sorpresa, ¡oh! una sorpresa que asustaría al personal de *El Siglo*... Pero que acabase. Anhelaba tener en sus manos las últimas cuartillas.

Villaescusa asintió.

—Bien. Entonces, amigo mío, yo en persona vendré esta tarde á dar lectura á la conclusión. Por supuesto, que usted se quedará á cenar con nosotros, ¿eh?

Y salió con precipitados pasos, que hacían ondular su panza, estremecida por laboriosa digestión.

Mauricio empezó á escribir con ardor, ansiando también rematar aquella obra odiosa. El tic tac del reloj respondía al murmullo de la pluma, que corría apresurada por la blancura mate del papel. Pasaron las horas... Cuando terminó, con un período oratorio pomposo, de los que tanto gustaban al buen señor, sonaban las seis. Fatigado, reclinóse en la amplia butaca, bostezando. En la habitación, llena del humo de los cigarros que fumase, entraba el resplandor dorado de los postreros rayos del sol. Desde la calle subía un rumor sordo de carruajes y de trenes.

Surgió de pronto en la sala vecina la tenue caricia de las notas suavemente arrancadas al piano... Era *L'Aveu*, de Schumann, tantas veces oído. Villaescusa despertó del adormecimiento que le sobrecogiera, con un suspiro de tristeza. Era aquella la última, la última ocasión en que escuchaba el dulce dialogo de amor

que había llegado á personificar á María Luisa. La melodía desenvolvíase lenta, muy lentamente, y por fin se desvaneció en un susurro... El poeta, que se había inclinado de codos sobre la mesa, sintió húmedos los párpados: una lágrima de angustia, de impotencia, rodaba por su rostro enjuto.

Y nada más murmuró el piano. Medroso silencio lo envolvía todo.

Y soñó, soñó mucho, hasta que blando fru-fru de sedas le hizo incorporarse, sobresaltado.

—¡Oh! María Luisa...

Ella le tendía la mano, sonriente...

—¿Le sorprendí á usted? Es esta la última tarde que le tenemos con nosotros, y quise venir á charlar, á charlar como buenos amigos...

Villaescusa habíase levantado, y la consideraba largamente, tan graciosa, tan elegante, estumada la esbeltez de sus formas en la espuma de la muselina blanca.

—Lo celebro mucho, María Luisa. Tanto más cuanto que ya no volveremos á vernos con la frecuencia que hasta ahora...

Ella alzó sus grandes ojos velados por la tristeza. Iba á decir algo alusivo á la situación por que atravesaban en aquel instante, mas varió de tema. Su parloteo frívolo hubo de desbordarse en la estancia, que olía á violetas; y de pronto, como si aquella pregunta la cosquilleara, incitándola, dijo:

—Papá le prepara una sorpresa... ¿No sabe usted?...

Tan brusca había sido la transición entre el tono ordinario de la charla y el que ahora hacía temblar levemente su voz, que Mauricio se estremeció.

—Sí. Me ha dicho algo... No todo...

María Luisa bajó la frente, pensativa.

—¡Ah! Y nos deja usted con tanta frescura...—murmuró, fingiendo reír y avanzando hacia la ventana, á través de cuyos cristales miró la calle, en silencio.

El poeta hubo de acercarse. Había mentido para descubrir la verdad. Lo ignoraba todo.

—¿Dejarles, María Luisa?...—interrogó en voz baja,

tan próximo á ella, que su hálito estremecía los finos rizos de la nuca.

La joven se volvió, con un gesto de sorpresa.

—¿Pero papá no le ha dicho...? ¡Oh! Y yo descubriendo el secreto...

—Diga usted, María Luisa; diga usted... ¿Qué pasa?

Reía, afirmando ahora que nada sabía; que eran negocios de don Luis; que ella no debía inmiscuirse en tales asuntos.

El novelista, entretanto, suplicante, la imploraba con los ojos, ansioso, ávido de enterarse, comprendiendo que aquel secreto era de vida é influiría poderosamente en su futuro.

—¿Por qué, María Luisa; por que no decírmelo?

La moza fué á sentarse en el sofá, con aquella seductora familiaridad que caracterizara sus relaciones con el poeta.

—Bien; se lo diré—respondió—. Se va usted...

—¿Yo? ¿Adónde?

—A Guadalajara.

—¿A Guadalajara?

—Sí. Allá tiene mi padre no sé qué intereses, y desea fundar una especie de sucursal del periódico. *El Siglo* se publicará también en Guadalajara desde el mes próximo, y usted será el director...

Villaescusa se llevó las manos al rostro, mudo de sorpresa. Experimentaba una sensación de aplastamiento; anonadado, dió algunos pasos por el estudio, yendo á su vez á la ventana, donde permaneció extático, errantes las pupilas por la ruidosa vía, que comenzaba á envolver la radiación gris de la tarde agonizante.

—¿No está usted contento?—preguntó tímidamente la muchacha acercándose.

—Contento, contento... ¡Oh! María Luisa, usted no me ha comprendido nunca...

Y como viera que en las pupilas de ella brillaba humedad de llanto, cogióle las manos, estremecido, y hubo de hacerla nuevamente su declaración de meses antes, en la penumbra del bosque.

¡No le había comprendido, no! El la amaba con toda

su alma. Era el suyo un sentimiento incapaz de reprimirse, que en vano había pretendido anular ante el fracaso. Seguía amándola, sí, con un amor callado y doloroso, que arrastraba como grillo de tortura por las calles, por los campos, para venir hacia ella siempre como un esclavo. ¡En vano pretendiera olvidarla! Ella le había hecho suyo, con el poder de la seducción invencible. No podía pensar, no podía vivir; el nombre de la amada siempre anidó en sus labios; su rostro, obsesionándole, ocupaba su memoria y su recuerdo... Y la hablaba con voz entrecortada por el sollozo de angustia que venía dominando; con voz ronca á veces, dulce á ratos; devorándola con la mirada; apretándola con el temblor convulsivo de las manos; comunicándole la vibración intensa de su cuerpo nervioso. Y añadió, ante el mutismo de ella, dando entonces rienda suelta á su amargura y abandonando las manos blancas, que ahora tenían un calor de fiebre:

—Pero todo es inútil para convencerla, María Luisa. Ya lo sabía yo. He ahí mi tortura y mi angustia. ¡Amar y no ser amado!... Y todo, ¿por qué? ¿Acaso porque no soy rico?... ¡Ah!—y su actitud era entonces de fiero orgullo—. Yo tengo algo más que los necios que la rodean. Puedo ofrecerle algo mejor que el oro, que las riquezas que usted tiene: el arte...

—¡No, Mauricio; por Dios no crea usted que soy ambiciosa!—exclamaba, acallando sus reproches, como si anhelara ocultar sus dudas y vacilaciones pasadas, que no tenían otro origen que la diferencia de posición social entre ambos, domeñada ya por la voluntad y la pasión, desfallecida, entregándose.

—Sí, sí; no me lo niegue usted... Yo le confieso que la herida más grande que ha sufrido mi orgullo, es la de verme comparado con esos imbéciles...

Calló de súbito: María Luisa lloraba.

—María Luisa... María Luisa... ¿Será verdad?

Habíase arrodillado á sus pies, y de nuevo cogía sus manos, pretendiendo inútilmente apartarlas del rostro anegado en llanto.

—¿Será verdad, María Luisa?... ¿Me quiere usted?...

Ella dejó caer su cabecita rizada sobre el hombro del poeta, sin decir nada.

—¡Oh! No lo esperaba, amor mío...

Y tal fué la embriaguez de ambos, que no se apercibieron del rumor de pasos que se acercaban tras de la puerta. Cuando Villaescusa se dió de ello cuenta, era tarde ya: don Luis Zayas, de pie en el umbral, les miraba...